

La intervención de Costa en el proceso de Montjuich : correspondencia inédita con Pere Corominas y otros

In: Bulletin Hispanique. Tome 68, N°1-2, 1966. pp. 69-85.

Citer ce document / Cite this document :

Cheyne G. J. G. La intervención de Costa en el proceso de Montjuich : correspondencia inédita con Pere Corominas y otros. In: Bulletin Hispanique. Tome 68, N°1-2, 1966. pp. 69-85.

http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/hispa_0007-4640_1966_num_68_1_3863

LA INTERVENCIÓN DE COSTA EN EL PROCESO DE MONTJUICH :

CORRESPONDENCIA INÉDITA CON PERE COROMINAS Y OTROS

Al ser liberado de su cautiverio¹, Pere Corominas dedicó un libro de conmovedora sinceridad « an els que l'han salvat de la mort i deslliurat del presiri² ». En ningún momento menciona, sin embargo, sus nombres ; es más, aclara que no quiere nombrarlos para no ser causa de futuras molestias (*op. cit.*, p. XIX). En un ambiente tan vindicativo y turbio como el que luego dió origen a la « Semana trágica » esto, que podría parecer exageración, es realmente prueba de clarividencia.

Fue Amadeu Hurtado el primero en facilitar detalles de quiénes fueron los que salvaron al joven Corominas de la muerte³. En el capítulo segundo de sus *Memorias*, narra con exposición clara y gran interés humano, los aspectos legales de la defensa de Corominas en el proceso de Montjuich y relata cómo David

1. En 1897. F. Pi y Margall y F. Pi y Arsuaga, *Las grandes conmociones políticas del siglo XIX en España*, Barcelona (sin año), t. II, p. 375-380, exponen este proceso que trajo como consecuencia el asesinato de Cánovas. Dio origen al proceso el atentado anarquista, perpetrado el 7 de junio de 1896, contra la procesión del Corpus cuando pasaba por la calle de Cambios Nuevos en Barcelona. Por el número de muertos y heridos que causó y por ser esos atentados cada vez más frecuentes, el orden público, tanto policíaco como militar, se vio acosado por una opinión pública, atemorizada y exigente, para que actuara con rapidez y rigor. Los abusos ocurridos durante la interrogación de los sospechosos « perjudicaron no poco nuestro crédito moral en el extranjero » (*op. cit.*, p. 375). Sobre esos malos tratos, véase la carta colectiva de algunos de los presos (entre los que se encontraba Pere Corominas) (*op. cit.*, p. 379). De hecho, Corominas vino a ser figura destacada en el proceso ya que, por su carácter de intelectual, atrajo la intervención de personajes ilustres de la vida política e intelectual española, ultrajados por la petición de pena de muerte para el joven Corominas por parte del Ministerio Fiscal.

Véase también para más detalles, la extensa correspondencia entre Unamuno y Corominas (ed. J. Corominas) en *B. hi.*, LXI, n° 4, 1959, p. 368-436, y LXII, n° 1, 1960, p. 43-77.

2. Pere Corominas, *Les presons imaginàries*, Barcelona (Tip. L'Avenç), 1899.

3. A. Hurtado, *Quaranta anys d'advocat. Història del meu temps*. Mèxic (Xaloc), 1956.

Ferrer, Ricard Janssens y Eduard Fontserè se encargaron de hacer gestiones cerca de las personalidades políticas⁴. Añade también que fue a través de este proceso que él, Hurtado, trabó conocimiento con Nicolás Salmerón, Gumersindo de Azcárate, F. Giner de los Ríos y « els homes de la 'Institución Libre de Enseñanza' »; quizá en su mente incluyera en este último grupo a Joaquín Costa, pero de hecho no le nombra.

En este artículo me propongo señalar la importancia de la intervención de Costa y al mismo tiempo publicar la correspondencia hasta ahora inédita entre Corominas, sus amigos y Joaquín Costa. Estas cartas no sólo arrojan más luz sobre las personalidades de Corominas y Costa, sino que dejan entrever algo de las presiones que se ejercían entre bastidores sobre los hombres influyentes de finales del siglo XIX español.

Una carta sin fecha, escrita de prisa e improvisadamente, en unas cuartillas seguramente cogidas al vuelo, resulta quizás la más emocionante de todas las halladas. Va dirigida a Rafael Altamira y la firma Emili Riu⁵, cuyo nombre, por cierto, no figura en el libro de Amadeu Hurtado. Dice así :

Amigo Altamira : venía a darle el pésame por la sentida muerte de su señor padre cuya esquela de defunción recibí en el *Globo*⁶ y de ella di una breve noticia, pues despertaron mi simpatía las cualidades que en ella se hacen referencia.

Además me traía aquí otro asunto de gravedad y trascendencia sumas. Tratan, cometiendo la infamia mayor del mundo, de fusilar a nuestro buen amigo (de Salas Antón⁷, Salmerón y mío) Dn. Pedro Co-

4. Estos, junto con Hurtado y Salvador Dalí, habían sido citados como testigos de descargo por el mismo Corominas (Hurtado, *op. cit.*, p. 32).

5. Emilio Riu Periquet (1871-1928). Fue Redactor Jefe del *Diario Mercantil* de Barcelona; en 1901 fue Diputado a Cortes por Sort, llegando más tarde a Senador del Reino y Subsecretario de Hacienda. Realizó estudios sobre economía y formó parte de la Comisión parlamentaria presidida por Azcárate, para la transformación del impuesto de consumos. Se interesó activamente en aprovechamientos hidráulicos del Valle de Arán y fundó y dirigió la *Revista de Economía y Hacienda* y la *Revista Nacional de Economía*.

6. El preámbulo de esta carta permite ponerle una fecha aproximada, ya que la noticia de la muerte de D. José Altamira y Moreno fue publicada en *El Globo* de 14 de Octubre de 1896.

7. Juan Salas Antón (1854-1931). Fue secretario de N. Salmerón en 1877, mientras éste se hallaba en el destierro. Afiliado al Socialismo, fundó en 1890 *El Radical* con Odón de Buen. Se dedicó a estudiar el cooperativismo y en 1898 fundó la *Revista Cooperativa Catalana*. En 1900 fue concejal de Barcelona. En 1903 fue a Londres como Secretario de la Cámara de Comercio Española y fundó y dirigió *The Anglo-*

rominas, detenido en el castillo de Montjuich de Barcelona y por falsas delaciones envuelto en el proceso.

Aquí le dejo (y perdone la molestia que le ocasiono que la vida de un hombre y más de un hombre como Corominas bien lo vale) todas las cartas que yo he escrito o me han escrito amigos íntimos míos y de Corominas acerca del asunto. Le respondo de la absoluta veracidad de lo que a favor de nuestro amigo decimos.

Dn. Fco Giner que ya conocía los escritos de Corominas (*Ciencia social*) y le apreciaba se indignó mucho al leer estas cartas.

Hace dos días que sobre este asunto escribió una enérgica carta a su amigo Hinojosa, Gobernador de Barcelona, y nos dijo « Vayan Vdes (Salas y yo) a ver a Altamira y a Costa y que éste que tiene gran influencia sobre Hinojosa — mucha más que Pidal a quien debe el puesto — le escriba y telegrafie interesándose vivamente. Que le hable alto y diga que el hombre de ciencia y de justicia debe poner toda su influencia para que se cometa [*sic*] con Corominas tamaño atropello. »

Yo le juro a V. amigo Altamira que Corominas no tiene nada, absolutamente nada que ver en lo del atentado. Sólo es culpable de haber dado dos conferencias que no eran anarquistas.

Es un tipo puramente intelectual y desde hace un año retraído de la política y verdaderamente chiflado (en el buen sentido) por el estudio. De palabra le contaré a V. quién era.

Salmerón, Azcárate y Giner han prometido y se interesan mucho por él.

Le ruego vea a Costa y le explique el asunto.

Pasaré de nuevo, procure que para el correo de mañana (6 de la tarde) se haya hecho algo. Urge mucho.

Con toda el alma le pide este favor su amigo

Riu.

Hallé esta carta entre papeles personales de Costa y no dudo que se encontraba entre ellos porque Altamira la mandaría o la llevaría personalmente a su amigo. Por desgracia, no he encontrado rastro de las otras que Emili Riu dejó a D. Rafael. Es posible que estén entre los papeles dejados por Altamira y sería curioso leer los juicios que los contemporáneos de Corominas emitían sobre su personalidad en aquellos momentos de peligro. Las palabras de Francisco Giner, citadas entre comillas en la

Spanish Trade, órgano de la misma. Regresó a España 10 años más tarde y en 1916 fue Diputado a Cortes por Sabadell. Su último cargo público fue en 1926 como teniente de alcalde de Barcelona.

carta de Riu, adquieren la plasticidad de una escena dramática : de pronto aquellos hombres venerables de los cuales quizás algunos de nosotros no tenemos más imagen que la proporcionada por los retratos de los Ateneos y sus obras de erudición, Hinojosa, Altamira, Don Francisco — incluso Pidal — cobran vida real y actúan del modo que uno no habría previsto. Don Francisco, el mentor espiritual de aquel grupo de hombres de bien, les dice lo que ha de hacerse ; Costa, el hombre que los académicos ignoraron, ejerciendo más influencia que quien llegó a ser Ministro de Fomento...

Y en verdad que Costa no rehuyó el usar su influencia a favor de Corominas. Existe un borrador de una carta de D. Joaquín a Hinojosa con la fecha de 14 de Noviembre de 1896. Como he expuesto ya en otro artículo sobre Costa⁸, D. Joaquín solía guardar los borradores de sus cartas como copia y estos borradores suelen coincidir en lo esencial con la versión final. En el grupo de cartas recogidas con relación al asunto de Pere Corominas, los borradores son, sin embargo, a menudo incompletos. Tal es el caso en la carta que sigue :

Madrid 14 Nov. 96

Sr. D. Edº de Hinojosa :

Mi querido amigo : Me cuesta trabajo creerlo, pero tanto me lo repiten, que ha llegado a alarmarme : ¡ Corominas fusilado ! No basta ya con el crimen horrible de los anarquistas para que con motivo de él vaya a mancharse la sociedad española con otro todavía más infame y cobarde que aquél : sentiría mucho distraerle a V. con esto si no se tratara de una cuestión tan sagrada y en la cual ha de ir complicada hasta la tranquilidad de conciencia de un hombre como V., que por encima de todos los gobiernos del mundo es un hombre justo, un hombre de bien. No puede Vd., no, consentir que sea ejecutado como un miserable Ravachol un cultivador desinteresado de la ciencia, patriota hasta el chauvinismo, todo lo desequilibrado que se quiera, pero de quien todos saben ¡ incluso el juez instructor ! que no ha sido ni es anarquista teórico, cuanto menos hombre de acción.

Sería preciso, y a esto voy, que V. después de ver el sumario, me dijera que Corominas es efectivamente lo que pretenden aquellos

8. *Menéndez Pelayo, Costa and the « premio extraordinario del doctorado de Filosofía y Letras », B. His. Studies, XLII, 1965, p. 94-105.*

que tienen empeño en fusilarle. Creo en V. como en mí, y si V. afirma que Corominas ha sido lo que parece que algunos se atreven a decir en serio, ¡ autor por inducción ! del salvaje crimen, o siquiera propagandista, creeré en una fatalidad, pero bajaré la cabeza como no la bajaría ante la realidad misma que se presentara delante de mis ojos...

Ya sé que eso no es de la jurisdicción de usted ; pero hágame el favor, se lo pido por sus hijos, de informarse con interés del sumario ; en desagravio del eterno principio del derecho, ahogado en mares de sangre inocente a través de toda la historia ; y si se convence V. de que apreciados los cargos en absoluto y en relación no prestan para una condena a muerte, el juez, el capitán general, y cuando no Cánovas prestarán a la llamada de atención de un hombre del prestigio moral de V., el mismo crédito que yo en el caso contrario. Estuvo V. a punto de ser asesinado en aquella bárbara explosión : creo firmemente que Corominas habría hecho para impedirlo lo que V. puede intentar ahora para impedir lo que casi seguramente — y sin casi — sería ahora el asesinato de él.

No se puede ir más lejos. Las frases usadas rozan la indiscreción : la tranquilidad de conciencia de Eduardo de Hinojosa depende de que actúe a favor de Corominas. Y por si acaso esa incursión en el sentido moral personal no bastara, y la invocación del « eterno principio del derecho » no moviera al intelectual, Costa no duda en implorar con el mismo lenguaje con que imploran las gentes sencillas del pueblo : « Se lo pido por sus hijos ».

Esta misma carta revela uno de los caminos por los que llegó hasta Cánovas este asunto y quizás uno de los mecanismos que hicieron que Cánovas se interesara directamente en él, tal como afirma Hurtado (*op. cit.*, p. 40)⁹.

Es casi indudable que las gestiones de Costa a favor de Corominas no se limitaron a esta carta, pero no tengo prueba directa de ninguna otra intervención. Como es natural, Corominas supo del interés de Costa y eso dio origen a una correspondencia entre ambos, correspondencia que Joaquín Costa apreció

9. Otro de los caminos ha podido ser la actuación de Unamuno que, según cuenta el mismo Corominas, se echó a los pies de Cánovas para defender a su amigo (*B. hi.*, LXII, p. 69). Añade Corominas que fue Unamuno quien puso a Costa en movimiento a su favor ; las cartas que se publican aquí parecen indicar que Costa intervino a instancias de Altamira, quien a su vez fue inspirado por Giner de los Ríos.

lo bastante para guardarla en una carpeta bajo la inscripción siguiente « Pedro Corominas (Monjuich) », añadiendo seguramente más tarde « Biograph. », palabra que se encuentra con cierta frecuencia entre los papeles que Costa creía de valor histórico.

La primera carta de Corominas a Costa está escrita en Montjuich el día 9 de enero de 1897. Después de leer en « Les presons imaginàries » lo difícil que resultaba llevar a cabo cualquier esfuerzo intelectual, esta carta resulta aún más interesante ya que expone el estado de espíritu de aquel hombre joven que « S'havia estat de tants vicis i plaers » y que « combregava tot sol en l'isolament del meu altar, aixecat amb suors de l'anima al cim d'una montanya, esperant tremolós que hi devallés l'idea pura » (Corominas, *op. cit.*, p. 60 y 61). Esta carta fue escrita en aquellos mismos momentos de angustia que hicieron dudar a Corominas del valor de su renunciamento, cuando estas dudas no podían haber sido transformadas por el recuerdo, como debe de haber ocurrido con varios capítulos de « Les presons imaginàries ». He aquí el texto íntegro :

Castillo de Montjuich 9 de Enero de 1897

Sr. D. Joaquín Costa, Madrid

Muy Sr. mío : Me han escrito los amigos que le debo a V. mucho. Pero me temo que le hayan hablado de mí de tal manera que haya entre V. y yo una gran mentira. Por lo que sé de V. me gustaría merecer su amistad, y esta gran mentira puede estorbarlo. Y aquí tiene cómo sin conocerle voy a decirle la verdad de lo que soy.

No me pusieron preso por mis hechos, sino por mis ideas. Me he tomado la libertad de pensar para mí sólo y este aire salvaje me ha perdido. Fecundado por sugerencias tan nimias como yo mi cerebro sintió dolores de parto. Y experimenté un gran placer creando cosas pequeñas. Mi dolor fue grande al convencerme de que el hijo no era mío, de que en mis ideas sólo el detalle me pertenecía. Entonces me sentí rodeado de gentes cándidas que me creyeron padre y tuve la vanidad de aceptar sus halagos. Para colmo de infortunio me pusieron preso, y esta persecución increíble me rodeó de una aureola que dio aspecto de verdad a la mentira. Mi leyenda es más grande que yo y no sé si tendré fuerzas para destruirla. ¡ Pobre sociedad la nuestra en que las leyendas son más grandes que los hombres y en que se ve un gigante en la sombra de un mentecato !

Puede V. ayudarme a soltar la carga y para esto le explicaré algo de lo que pienso : por ello verá la nimia parte que se debe a mi inteligencia. Mi vocación no se ha fijado todavía y me es difícil exponerle la faceta principal de mi pensamiento porque no sé cuál es. No obstante, estoy preso por anarquista, y voy a decirle qué fundamento pueda tener la acusación.

No me he llamado tal en ninguna parte, y, a la verdad, cuando he creído que este proceso me costaría la vida, aparte el rabioso deseo de vivir que tengo, he sentido una profunda tristeza al considerar que moriría como anarquista, por una idea vulgar, resultado pasajero del inquieto agitarse de una sociedad enferma que busca el ideal redentor sin encontrarlo. Morir por esa aspiración de salud, por una idea sin nombre, por un pensamiento inefable por lo grande, debe ser un gran consuelo ; pero hacer un manojo de todas las fuerzas y aspiraciones de la vida y quemarlo en el ara donde groseros sacerdotes queman su incienso en alabanza de una divinidad lisiada es un sacrificio penoso, y yo no tenía valor para hacerlo sin repugnancia.

El anarquismo es una solución parcial. La división del trabajo, este principio tan estúpidamente desarrollado, le ha dado origen, como a tantas otras soluciones, parciales también. Hoy todo se especializa, el arte, la ciencia y el trabajo : tres cosas que deberían ser una sola. El documento invade la ciencia y el detalle adquiere proporciones de realidad en la literatura. El cerebro del hombre cada día se limita más y si un genio poderoso no viene pronto a hacer añicos los nuevos moldes bien pronto la humanidad en decadencia convertirá en muchedumbre de escarabajos peloteros. Cada uno bruñirá en medio de la nulidad general su bolita de estiércol, y el siglo que viene será el de los apagaluces.

Esta humanidad de cerebros amputados a fuerza de pensar en una sola cosa va perdiendo la noción de las ideas armónicas, y así a nadie extraña ver en un hombre al sabio y en otro al artista y en otros al trabajador, y en ninguna parte al *Hombre*. Bien mirada, toda nuestra civilización puede sintetizarse en un libro muy pequeño, pero nadie lo ha escrito todavía. Lo que hace falta ahora es dividir, mucho dividir, formar multitud de ciencias nutridas de pequeñas verdades, aislar las artes y especializarlas también, fraccionar hasta lo infinito la obra de la producción, desmenuzarlo todo. No importa que sólo haya una gran verdad y que ésta no la conozca nadie.

¿No ha llorado nunca la inteligencia de V. ante el lamentable espectáculo de todos estos hombres, encastillados en la soberanía de su ciencia o de su arte o en la preeminencia de su trabajo? El matemático riéndose del filósofo, el filósofo mofándose del poeta y el poeta despreciando a todos : el militar, el profesor, el político, el periodista y el obrero desdeñándose mutuamente en una obsesión de

orgullo, atribuyéndose la más alta jerarquía social, presentan el cuadro abigarrado de una sociedad macábrica (*sic*) y fea, de una civilización embrutecida en la crápula de la especialización. Spencer con su famosa ley del progreso ha sintetizado esto : el movimiento de una homogeneidad a una heterogeneidad. Sólo que esto no es ley de progreso sino de decadencia.

La balumba de mentidos adelantos aumenta lastimosamente y es doloroso pensar en el incruento trabajo de simplificarlo todo. Y esto se hará al soplo de la *Idea* harmónica pensada por el *Hombre*. Cristo fue el *Hombre* de su civilización, el gran sabio, el gran obrero, el gran poeta y su idea fue la síntesis de la sociedad pagana que destruyó después. El cristianismo simplificó primero, y luego destruyó, obrando por el amor virgen de los bárbaros. Mientras simplificó y destruyó fué progreso, cuando a su vez se complicó fue decadencia. Sólo al simplificar se aumenta la capacidad progresiva de la humanidad.

Nuestra civilización está saturada de progreso y la balumba de complicados detalles ahoga todo germen nuevo. Las grandes verdades de nuestra era ya se han dicho y los hombres se afanan en sacar las más nimias consecuencias. Y por esto ha de venir la *Idea harmónica* predicada por el *Hombre* para recoger la síntesis de nuestra civilización y fundar con ella la de mañana. Estamos en la época de las vanas tentativas, y la idea anárquica es una de ellas. Nunca logrará el amor de los bárbaros. Todavía no ha hablado el *Hombre* de la civilización nueva.

Nunca llegué a pensar estas cosas con la claridad de ahora. Escribiendo esta carta gozo un placer inefable porque pienso cosas que no las había pensado todavía. No estoy preso por esto sino por lo que viene.

La ciencia, el arte y el trabajo se han disgregado en el cerebro humano : debiendo constituir un todo harmónico e indivisible se han polarizado triangularmente. No sé cómo explicar mi pensamiento. Imagínese el espectro solar. Y luego piense en la luz espiritual formada por la fusión de estos tres colores en un rayo de luz humana que luego al pasar por el prisma de la especialización decadente se refracciona, pierde su unidad y aparece en la placa de observación descompuesta en los tres elementos aislados. En los orígenes de todas las civilizaciones, no en las primitivas solamente, brilla esa luz espiritual blanca y pura en toda su unidad : un poema, un libro sagrado, una tradición hablada u oral, idea madre de toda sabiduría, de toda belleza emanada del *Hombre* humilde. Y aquella luz irradia largo tiempo en la sociedad humana hasta penetrarla. Después, lentamente, se refracciona. La humanidad intrépida prepara entonces una síntesis más elevada saturando con ignorados adelantos sus elementos tri-

furcados, y en el paroxismo de la especialización se abotaga y presenta el pomposo espectáculo de todas las decadencias.

El positivismo desnudo de toda grandeza y enamorado de la monografía nos presenta a la ciencia en estado de especialización paroxista. Grima dan estos libros atiborrados de citas, notas, hechos, observaciones, documentos, todo lo nimio y lo pequeño y huérfanos de un pensamiento grande sintético. El lógico desenvolvimiento de este principio abarata el título de sabio y envilece la sabiduría. El clasificador, prototipo del hombre intelectualmente estéril, toma aire de hombre creador y sintético, y el filósofo es mirado como un soñador inútil. El hombre adquiere el hábito de la limitación y pierde la noción de la idea armónica. En su pobre inteligencia la especialidad se deforma y adquiere proporciones desmesuradas de donde nacen la intolerancia y la convicción de la propia supremacía social. La ciencia llega a olvidar la vida y la belleza, y así el estudio se convierte en goce egoísta, y el sabio es a menudo un hombre que tiene amputado el sentimiento estético.

La Edad Media es un paréntesis tenebroso y en ella la humanidad sumida en la ignorancia padece una congestión de la fuerza. La Edad Contemporánea se ofrecerá como un paréntesis no menos tenebroso en que la humanidad, perdido el sentimiento de la belleza, ha sufrido una congestión económica. En nuestra fea civilización la estética va desapareciendo de la vida social para refugiarse en los estudios de los artistas. Las fábricas con su irritante monotonía, las poblaciones industriales con su asquerosa suciedad, el traje en su obsesión de lo útil, el ferrocarril y el buque de vapor, todo nos dice que la poesía se va arrojada por el afán de lucro. Cuando se levanta una fábrica, cuando se construye una máquina, cuando se toma una costumbre sólo se tiene en cuenta el aumento de producción, y nadie piensa en que desterrando la belleza se pierde la alegría de vivir. La humanidad congestionada va adquiriendo el instinto de lo feo y el arte al divorciarse de la vida se deforma en sus devotos. El romanticismo, el naturalismo y el simbolismo son deformaciones de la estética y en el porvenir serán mirados como fenómenos patológicos de una civilización decadente que expresaba por ellos la nostalgia de la belleza muerta.

La decadencia en la esfera del trabajo arranca a la humanidad un grito eterno de dolor. Pensando en si el placer existe en la vida he creído hallarlo con Schopenhauer en la realización de un deseo. Sólo que el filósofo alemán deducía de esto que el placer no existe porque una vez logrado el deseo el goce se desvanece, y yo creo que el placer se encuentra en el trabajo que nos acerca indefinidamente al goce de los deseos insaciables. He aquí una verdad redentora : el trabajo es el único placer. Esta verdad fue desconocida de los paganos que

pusieron en la frente del obrero el estigma del esclavo, y lo fue por el Cristianismo que consideró el trabajo como un castigo impuesto por Dios al hombre cuando le condenara a ganarse el pan con el sudor de su rostro.

Considerando el trabajo como un mal nació la necesidad de remunerar el de los hombres libres. Y la remuneración es el alma mater de nuestros males económicos. Una vez aceptada, hay que admitir el derecho de acumularla en la *propiedad* y la precisión de defenderla por medio del *Estado*. La remuneración ha creado el *cielo* y el *infierno* para remunerar el bien y el mal, y en la esfera del *Derecho* ha dado origen a la *pena* para remunerar el *delito*. Ha envenenado todas las relaciones sociales y es la causa eficiente de nuestra congestión productiva. Con tal que se produzca mucho nada importa que el trabajo sea feo, insano, pesado y peligroso. De donde resulta que el hombre, a pesar de que instintivamente siente que el trabajo es el único placer le ha cobrado odio y repulsión. Nuestra sociedad en su paroxismo ha cegado en absoluto la única fuente de placer inagotable, y así el hombre lejos de vivir para trabajar se ha dedicado a trabajar para vivir.

Aquí tiene V. por qué me han tomado por anarquista; porque sueño en una humanidad marchando a la conquista de la belleza para alcanzar la redención del trabajo; porque sueño en una sociedad de sabios y artistas trabajando por el placer de trabajar, abandonando el producto como la secreción de un goce inefable, y porque en mis ansias de emancipación espero con místico temblor la llegada del *Hombre* de la civilización nueva que predicará la Idea harmónica llamada a dar fin a nuestra era por el amor virgen de los bárbaros.

Estas ideas deberían completarse con mis creencias contrarias a la propaganda de donde se deduciría que no puedo tener participación en el atentado que se persigue, pero no quiero alargar más esta carta, pues, dado lo mucho que se ha interesado V. por mí, es muy posible las conozca por otras epístolas mías escritas a amigos de la Corte. Tener tales ideas es todo mi delito. En dos o tres conferencias las *expuse* y esto es todo.

Por este ramillete de ideas, más bien bonitas que medidas, puede V. juzgar quién soy, y desvanecer el concepto que de mí le habrán hecho formar algunos amigos. Gracias por lo que ha hecho en mi favor. Si le han dicho que sé agradecer no le han engañado.

Me tendré por muy honrado si cree digno de su amistad intelectual a este su humilde servidor en quien V. manda

Pedro Corominas.

Post-scriptum. — Desearía que me hiciese la bondad de dejar leer esta carta a mi estimado amigo Emilio Riu por contestarse en

ella a un problema que me propone acerca de la especialidad a que pienso dedicarme. Pues, por ahora, a ninguna — Vale.

En el segundo párrafo de su carta, Corominas confirma lo que también Hurtado asegura : « No me pusieron preso por mis hechos... ». No, a Corominas lo encarcelaron, según Hurtado, porque « L'odi incivil condemnava les inquietuts intel'lectuals de l'home d'estudi com la causa del més espantós dels crims » (Hurtado, *op. cit.*, p. 34). Pero no se trataba tan sólo de curiosidad intelectual : con pre-freudiana lucidez Pere Corominas explica en el capítulo « Les crisis de l'ánima » como la sublimación de su instinto sexual le llevó a su encuentro con « ls homes negres que m presentaven l'espectre del dolor » (p. 47). En el mismo momento en que quería propagar la idea típicamente decimonónica, la libertad, Corominas tropezaba con la realidad típicamente decimonónica : la miseria de la revolución industrial. Pero Corominas no se retira asustado, sino que quiere compartir esta vivencia que le es desconocida ; busca soluciones a aquel problema que había hasta entonces ignorado. A pesar de ser un intelectual, no intelectualiza. Cree que solo hallará una solución si logra sufrir tanto como aquellos hacia los cuales siente un fuerte vínculo de hermandad. Pero Pere Corominas, mentor de anarquistas, no es un revolucionario : es sencillamente un universitario con una conciencia social.

Cuando le llevan a Monjuich piensa que ésta es quizás la vivencia que le traerá la solución que busca. Pero para el lector, por lo menos, esta esperanza se desvanece a medida que se adentra en la lectura de su libro.

En esta carta se dice lo que luego repite en « les Presons » : él no cree en la eficacia de la idea anarquista. Hombre de su época, cree en « una idea redentora : el trabajo es el único placer ». Idea como confiesa él mismo, más bonita que no mesurada. Pero bonita o redentora, Costa no discute este extremo en su respuesta de 24 de Enero de 1897. Se trata de una carta amable, tranquilizadora, práctica ; es la carta de un maestro benévolo que no quiere desanimar al alumno que promete, pero que aún no ha producido una construcción sólida.

24 Enero 97

Sr. D. Pedro Corominas
Muy Sr. mío de toda mi estima

Anoche me devolvió el Sr. Riu su expresiva carta del día 9, traída a la mano por los D. D. Ferrer y Janssens, a cuyos inteligentes y perseverantes esfuerzos deberá usted en buena parte el haberse salvado de esa crisis. La cual acaso bendecirá usted un día, por las enseñanzas que le haya traído, y que teniendo V. voluntad y arte para aprovecharlas, puedan valerle lo que le han costado, con haber costado tanto.

La cuestión que plantea V. no es para ventilada por cartas. Espero verle pronto por aquí y entonces hablaremos. Concursos de circunstancias como ese que le ha cogido a V. sin causa de su parte, pequeñas fatalidades individuales así se dan en el mundo todos los días, y nunca tan necesaria ni tan bien empleada la filosofía para saber soportarlas y sobrellevarlas si no con la indiferencia de un estoico, con la serenidad de un Sócrates. Por fortuna, en la ocasión presente, espero que el nudo está a punto de desatarse, y que se volverá V. a la vida regular y reanudará su trabajo tan a deshora interrumpido. Pienso que la sentencia en lo que a V. atañe no será aquí confirmada. Y ya he dicho a sus amigos el por qué entiendo que una vez reintegrado en su libertad, debe V. establecerse por algún tiempo en Madrid. Ellos opinan como yo. Su carta acredita, a mi modo de ver, ese común juicio. Aplazo para entonces todo comentario. Posee V. una excelente base de pensamiento... y de sentimiento para emprender la segunda parte de sus estudios con otra disciplina que en la primera. Nada más por ahora.

La correspondencia se reanuda el día 30 de Abril con una carta de Costa ; pero antes quiero mencionar una carta cronológicamente anterior y que arroja cierta luz sobre parte de la carta de Costa. Viene con fecha del 25 de Marzo de 1897, la firma David Ferrer y va dirigida a Costa. Empieza con palabras de agradecimiento por las gestiones que Costa lleva ya hechas a favor de Corominas, sentimiento que comparte su amigo Janssens : « ... nuestro agradecimiento y nuestro cariño hacia Vd. es muy grande » — pero no se trata sencillamente de dar las gracias, sino de pedir más favores :

Los Sres Azcárate y Barrio y Mier nos escriben que los fiscales del Supremo consideran a Corominas como cómplice y piden para él agravación de pena, aconsejándonos que procuremos encaminar todas nuestras gestiones a los individuos del Consejo, buscando

personas que quieran abrirles los ojos a la luz. Nosotros nos acordamos de que una de las más influyentes sobre el Presidente de aquél, el Almirante Topete, es el Sr. Moret, quien además conoce a varios de los individuos que lo componen. Pero el Sr. Moret, que no nos conoce y que no tendría seguramente tiempo para escucharnos, ni leería la carta larguísima que sería necesaria para hacerle la historia de todos los hechos y convencerle, con ella, de la inocencia de Corominas, no hará seguramente estas gestiones de una manera verdaderamente eficaz sino teniendo la misma íntima convicción que nosotros tenemos, y, como a Vd. le escucharía atentamente y si Vd. le manifestaba tener esa misma convicción, esto constituiría seguramente para él una garantía sólida, nos atrevemos a suplicarle que le vea, e idéntica súplica dirigimos hoy a los Sres Giner y Azcárate, y le hable al alma, como sabe V. que hay que hablarle para constreñirle a tomar con calor una cosa, y le impulsen a poner todo el peso de su influencia a favor de nuestro amigo evitando que se consuma una de las mayores iniquidades, mejor diría uno de los mayores crímenes que con toda *legalidad* pero contra toda justicia está a punto de sancionar el Consejo Supremo.

El Sr. Azcárate, que conoce los autos, los cargos y los descargos que en el mismo obran, que no ignora ninguno de los detalles, podrá enterar a V. de todo ellos para que no le quede ni sombra de duda de la inocencia del pobre Corominas. Yo me abstengo de hacerlo tanto por no hacer interminable y enojosa esta carta como porque en los informes del Sr. Azcárate no verá V. el apasionamiento ni el *parti pris* que pudiera ver en la mía.

No he encontrado ningún otro documento que proporcione más detalles sobre las gestiones que se esperaban de Costa, pero el borrador que transcribo de una carta de Costa a Corominas deja entrever que se hicieron gestiones cerca de Moret y confirma que si Corominas no fue mandado a presidio fue gracias a la diligencia de sus amigos. Es típico de Costa que no se nombrara a sí mismo. Con la primera lectura puede parecer que haya un error en este borrador ya que el nombre de David Ferrer aparece dos veces en contextos que aparentemente se excluyen, a no ser que Costa quiera hacer hincapié con esta repetición en la intervención de David Ferrer.

D. Pedro Corominas. 30 Abril 97

Reciba mi más cordial enhorabuena por el triunfo que ha logrado el derecho en su persona. Ha estado a dos dedos del presidio. Le han

librado de él con esfuerzos increíbles en 3^{er} lugar, D. José Fernández González, D. G. de Azcárate, D. Nicolás Salmerón, Don Segismundo Moret, y algún otro, uno D. Manuel Durán ; en 2^o lugar David Ferrer y D. R. Janssens ; en 1^{er} lugar, D. David Ferrer. Este ha sido su padre y su madre : por él ha nacido V. una segunda vez : jamás la fe y la tenacidad catalana habrá tenido más acabada encarnación. Si baja V. de Montjuich del brazo de los dos parecerá un descenso simbólico.

Luego V. arrastra consigo multitud de presos que a no haber tenido tal correo no habrían pisado más la calle.

Ahora necesita V. un sedante : el silencio. Supongo que pensará en dejar, al menos por tiempo, a Barcelona, estableciéndose en lugar donde sus aficiones reciban dirección y encuentren alientos más medidos que los propios de una población tan conturbada internamente como está esa.

Corominas no responde hasta el 21 de Julio de 1897 por razones que se hacen claras con las primeras palabras de la carta.

Hendaya 21 de Julio de 1897

Sr. D. Joaquín Costa, Madrid

Estimado señor : A una feliz casualidad debo la suerte de poder escribirle ahora aunque ya tarde. Cuando estaba en el castillo remitía las cartas a mi hermano quien ponía luego en el sobre la dirección. De modo que yo ignoraba dónde vive V. y aunque pedí a mi hermano las señas de su casa, ha quedado el pobre tan aplanado después del vigoroso esfuerzo hecho para salvarme que tarda los años de Dios en contestarme.

Pero mirando las cartas recibidas durante mi prisión y que él me remitió hace pocos días he dado con una en cuyo membrete hay el nombre y las señas deseadas. Vivo con mi madre en Hendaya, Rue du Port, en face de la Poste, donde me tiene a su disposición. Aquí encontrará, si los azares del veraneo le llevan por esas playas, casa y amigo para servirle. Es lo único que puedo hacer para corresponder a los beneficios que de V. tengo recibidos.

Aquí me tiene V. entregado a la alegría de vivir, saboreando voluptuosamente el placer de volver la vista atrás y hacerme cargo del peligro que corrí. Mi aspiración más vehemente es ahora la del silencio, la vida oscura y tranquila en que esperaré que bajen al poso del alma en forma de lejanos recuerdos tantas imágenes desoladas, tantos gritos de angustia, capaces de hacerme sentir la necesidad del mal a pesar de mi bondad.

Pienso dedicarme por algún tiempo al trabajo anónimo y pesado de las traducciones, si las encuentro cobrables. No se trata de ganarme la vida sino de hacerme algún cuartejo para comprar libros ya que no dispongo aquí de bibliotecas como las de Barcelona. Después, dentro de algunos meses, trataré de forzar las barreras del destierro para poder dejar a mis padres en España y largarme a estudiar algún tiempo en París.

Digo eso porque mi madre no puede avenirse a la idea de vivir en España mientras esté desterrado, pues temblaría de pensar que podría caer enferma y que su hijo no la podría ver. Mi padre a quien algunos negocios retienen en Barcelona vive en el mismo sobresalto, y aunque por ahora comprendo que no me conviene volver a España, dónde quedaría a disposición de mis enemigos de Barcelona (algunas autoridades que me odian horriblemente porque fui causa de que se descubrieran sus infamias), trataré de lograr que se me levante el destierro a fines de este año o a principios del otro para poder dejar en España a mis padres, ya que no puedo permitir vengan a París conmigo a morirse de aturdimiento y de nostalgia. Porque V. comprenderá que tampoco me conviene vivir aquí mucho tiempo, perdiendo el de mi juventud en regodeos de fraile.

Como tengo pocos libros aquí me doy una vida regalona de holganza, mucho paseo y buena comida. Así podré resarcirme de las estrecheces del castillo y vigorizar el cuerpo con una vida de ejercicio corporal en el campo.

Si alguna vez tiene tiempo de pensar en mí y gusta de mandarme cuatro líneas le agradeceré que me diga su opinión acerca de estos planes. Mi madre me encarga que le salude en su nombre, pues ella tiene el de V. muy grabado en la memoria.

Por mi parte reciba la expresión de mi agradecimiento por los favores recibidos y créame su humilde y afmo s. s. q. b. s. m.

Pedro Corominas.

No me ha sido posible dar con más correspondencia hasta la carta siguiente de Pedro Corominas :

Hendaya 21 de Octubre de 1897

Sr. D. Joaquín Costa

Mi distinguido amigo : Recibí a su debido tiempo su carta del ocho de los corrientes que no he querido contestar hasta haber determinado con el Sr. Azcárate cuál había de ser mi conducta durante el próximo invierno.

Por ahora he desistido de trasladarme a París por la imposibilidad de llevarme allí a mis padres, sobre todo a mi madre que no quiere de-

jarme : en el clima frío de la capital francesa creo que si no morían lo pasarían muy mal.

Se me ha prometido que dentro de poco tiempo seré indultado y por esto aplazo para hasta entonces mi partida de Hendaya. Lo más probable es que me traslade a vivir en Toulouse donde la gente habla casi en catalán y donde el clima es muy parecido al de Barcelona. El Sr. Azcárate cree conmigo que no me conviene trasladarme inmediatamente a Madrid y que es mejor viva algún tiempo en el extranjero hasta que la gente me olvide o cuando menos hasta ver en que para eso.

Nadie me puede asegurar que no saldrá un día de esos cualquier desesperado que no contento todavía con los actos del gobierno quiera tomarse la justicia por su mano y entonces sería posible que se reanudaran las persecuciones y que aun habiendo hecho vida de santo me viese víctima de la ignorancia policiaca.

Deseo que termine pronto y felizmente su libro para conocer a V. Hasta ahora sólo sé que me ha protegido y como no es fácil que podamos vernos en algún tiempo creo que podré conocerle algo por sus obras.

Mi madre le devuelve respetuosamente el saludo que V. en su carta le dedica y, por mí, deseo que me tenga como amigo afectísimo con quien puede contar para servirle en cuanto pueda.

Créame V. su humilde s. s. q. b. s. m.

Pedro Corominas.

Se deduce de esta correspondencia que Corominas encontró una serie de tutores intelectuales como resultado de las angustias pasadas. Todos le aconsejan sobre lo que le conviene hacer. También parece claro que se había iniciado cierto intercambio intelectual con Costa que le debe haber hablado de algún libro en preparación; seguramente se trataría del « Colectivismo agrario », que se publicó el año 1898.

No he encontrado más borradores de Costa, si se exceptúa un fragmento, que otra vez pone de relieve la solicitud con que el aragonés, hombre ya maduro, trata al joven y sincero Corominas. Dice así :

Octubre

... hasta que se verifique una mayor orientación en V. o en la sociedad respecto del estado social que han provocado lamentable ciclo de sucesos en que V. ha figurado como víctima y se sedimente la nube de polvo que han levantado. En momentos en que todo es

confusión y crisis, así en las doctrinas como en los hechos, se necesita una disciplina del entendimiento muy rigurosa para no tropezar y arrepentirse a cada instante y pudiera suceder que le fuese preciso a V. rehacer una parte de sus estudios económico-jurídicos bajo agena dirección y lejos de los círculos en que por delante de todo se pone la pasión del bien, el ardor generoso y el ansia prematura de soluciones. Y no sé yo si por ventura no podría resultarle París tan contraproducente como la soledad. En fin, no digo nada de esto, de que ya hablé con los Sres Ferrer y Janssens.

Saludo respetuosamente a su Sra madre, que supongo sigue con V. y me repito muy de V...

Con ese fragmento sin fecha exacta parece terminada la correspondencia entre Costa y Corominas. Hurtado, en cambio, cuyo conocimiento y apreciación de Costa se debió a la intervención de éste a favor de Corominas, intentó más tarde interesar al aragonés en los problemas catalanes. Intento infructuoso, como haré notar en otro artículo. Pero por reducido y breve que sea el contacto epistolar entre Costa y Corominas en torno al proceso de Montjuich, nos permite entrever el pensamiento de Corominas, que desarrollará más a fondo en sus cartas a Unamuno. También demuestra esta correspondencia la solidaridad de los intelectuales (de partidos políticos distintos) en defensa de la justicia en medio de una ira y miedo colectivos, sin duda justificados, pero dirigidos ciega y desmedidamente contra todos aquellos que en Barcelona, sin estar ni remotamente conectados con el crimen, tenían *ideas* republicanas, liberales o anarquistas. Por su valiente y civilizada actuación a favor de lo que llama Pi y Margall « la libertad del pensamiento, no del crimen » demostraron los intelectuales la falsedad de lo que entonces se decía por Europa que « toda España era Montjuich ».

G. J. G. CHEYNE.

Quisiera hacer constar mi gratitud al Research Committee de la Universidad de Newcastle upon Tyne por su ayuda en mis investigaciones sobre Joaquín Costa.
